

A EUGENIO MONTEJO EN EL RECUERDO

María Josefina Tejera
Universidad Central de Venezuela
mtejera@telcel.net.ve

"No ha muerto.
Cambió de ruta el tiempo /
que pasaba a su lado".
"Lo visible y lo invisible". *Adiós al siglo XX*

En esta época de profunda confusión y desorden, Eugenio Montejo se distinguió como un hombre excepcional, pues además de ser un gran poeta –o por eso mismo–, fue profundo, sincero y honesto. Estas tres cualidades se mantuvieron a lo largo de su trayectoria humana tanto en su personalidad como también en su escritura.

CONSTANTES DE LA PERSONALIDAD

Para empezar leamos, en sus propias palabras, algunas ideas que expresó sobre sí mismo:

Nací en esta ciudad de Caracas al promediar el mes de octubre de 1938. Soy, pues, del signo Libra. Y tal condición de librano quizá me haga propenso a suscitar la armonía tanto como me es posible. Quiero decir que a menudo me gana la tentación de orquestar las acciones y los hechos que me afectan como si fueran notas de una partitura. Por supuesto que el frecuente desentono, dentro o fuera de mí, tiende a desesperarme. Por la misma razón suelo creer que ciertas palabras contribuyen al equilibrio de las cosas. Ciertas palabras y también, claro está, el silencio que las circunda. En conexión con esa zona de equilibrios y tensiones, y como un relámpago del misterio lingüístico, aparece, cuando aparece, la poesía, mirada tan de reojo en los actuales tiempos. El retrato de un poeta, de cualquier poeta, resulta hoy según esto un retrato para ser visto de reojo. Así y todo, habría algo todavía peor

que el hecho de que al poeta se le mire de reojo, y es que se le escuche de reojo o de reído. (1997)

Deseaba Montejo que se le "mirara" de frente y no de reojo, es decir, sesgado, y que se le escuchara también frente a frente, con atención, actitudes que se soportan bien cuando la conciencia está tranquila y la paz reina en el alma. Y así lo percibían las personas al entrar en contacto con él. Hahn (2008) lo recuerda no solo como a "un gran poeta, sino también [como a] un gran ser humano, dueño de una modestia que desarmaba". A Hahn le sorprendía tanto la serenidad de su escritura, en sus meditaciones poéticas, [como] la serenidad en su actitud hacia la vida.

Así era él, siempre generoso, siempre alegrándose por los demás, siempre negándose a ser protagonista, aunque era protagonista por derecho propio; por el derecho que le otorgaban la solidez y la altura de su poesía y no los espejismos de la farándula literaria. No hablaba ni mucho ni poco; solamente lo justo. Y escuchaba con gran sabiduría.

López Ortega (2008) admiró en él que no se deleitaba en hablar de lo abyecto o desagradable y además, la defensa que hacía de la integridad moral como algo que debía prevalecer entre los intelectuales:

Como todo gran poeta, que en cada letra ve una partícula de un sistema planetario, Montejo evitaba decir palabras que remitieran a realidades abyectas o a circunstancias inmorales: [pues] pronunciarlas podía significar la evocación de realidades marginales. De las muchas pérdidas que Montejo nos deja, de las muchas orfandades que heredamos, extrañaremos sobre todo, en estos tiempos aciagos, un ejemplo de integridad moral para todos los que se precien de ejercer una condición intelectual...

No era fácil mantener estas virtudes en medio de la confusión que vivimos y de esta inversión de los valores, y así lo dijo el poeta recordando a Antonio Machado: "Qué difícil mantenerse cuando todo baja". ¿Bajar, descender? ¿de dónde? Creo interpretar descender

del nivel en el que se situaba, descender hacia el caos, el irrespeto, la agresión.

Sus amigos que lo conocían bien, admiraban en Montejo que vivía según una ética de generosidad, de amabilidad hacia los demás, de respeto. Para Arráiz Lucca, Montejo en la tradición poética venezolana, es "Acaso el de mayor profundidad ontológica, cósmica y religiosa"⁴. *Religiosa* está dicho en el sentido espiritual y no en la práctica de ninguna religión específica. Lo dijo muchas veces: su religión fue la poesía. Así lo expresó en una entrevista: "Alguna vez escribí que la poesía es un melodioso ajedrez que jugamos con Dios en solitario, quizá porque creo que ella resulta próxima a cierta forma de oración en su diálogo con el misterio. El caso es que en nuestros días encarna la última religión que nos queda, a fin de cuentas, la única que podemos contraponer a la omnipresente religión del dinero".

Desde que tenía 40 años, Montejo defendía su idea de que la poesía era para él una bendición,

...porque uno tiene la certeza, cuando se vincula con ella, incluso como lector, de que la poesía es la última religión que nos queda, substratum de lo que fue en algún tiempo lo sagrado en la tierra. Una especie de isla de salvación, de conexión con algo arcaico que hace que el hombre sea hombre y que ha desaparecido o tiende a desaparecer. (Szinetar, 1999)

La poesía es fuente de equilibrio, allí encuentra el conocimiento profundo, la base de su conducta y el origen de sus más íntimas convicciones y de la fuerza para seguir las.

He dicho en otra oportunidad que la poesía es la última religión que nos queda, lo cual no es sino una variante del mismo pensamiento. ¿De qué nos salva la poesía? Antiguamente quizá nos salvaba de los excesos de las religiones, como ahora nos salva de los excesos del ateísmo. Así, pues, de su poder de equilibrio nace su capacidad de "colaborar con el cielo", como dicen los chinos. En todo caso, podemos invocar su aliento salvífico en esta hora de pre-guerra atómica que vivimos. (Gasparini Lagrange, 2006)

En este tema insistió al recibir el premio Octavio Paz en 2005, cuando se refirió a la responsabilidad del artista: "Su adhesión ética

[la del artista, la del poeta] ha de estar del lado de la civilizada tolerancia y de parte del desarme tanto por fuera como por dentro del hombre". Es decir, que no hay que circular por el mundo exponiendo las armas, la violencia, sino que, por el contrario, nuestra conducta debe mostrarse pacífica, conciliadora, comprensiva. Efectivamente, en esta sociedad en la que abundan los pícaros, Eugenio fue un hombre honesto.

Honesto, consigo mismo, en entera dedicación a profundizar en sí mismo, pues su poesía es precisamente eso: un constante regresar a su ser. Honesto con sus amigos, que le han demostrado un gran afecto ahora que ha desaparecido. Honesto con su país, al que defendió y por el que se batió aun contra sus intereses personales. Fue honesto en los trabajos que tuvo bajo su responsabilidad así como también con su profesión, como poeta, en la que volcó una gran sinceridad, la cual se percibe en todos sus actos.

A propósito de despertar el interés por lo escrito, dijo:

Y lo ameno, para que sea tal, debe apoyarse en lo sincero. No hay manera de que resulte legítimo sin apegarnos a la verdad, pues cuando ya hemos transpuesto los cincuenta comprobamos que nada logra envejecernos más que la mentira, de modo que si pretendemos prolongar un tanto nuestros días en la tierra, hemos de mentir y de mentirnos lo menos posible. (1997)

También fue honesto con las palabras y el idioma. En este aspecto, la honestidad está de manos con la verdad. Y por eso para él no puede haber poesía con palabras corruptas, es decir, mal elaboradas que no están bien enunciadas porque son mentira. Así lo expresó: "No se trata tanto de un asunto de estilo como de una cuestión práctica: la palabra torcida no puede penetrar en la verdad" . (1997)

EL LENGUAJE EN PROFUNDIDAD

En la base de su expresión lingüística hay toda una percepción ontológica que se basa en la honestidad con respecto a la emisión y la selección de cada palabra. Afirma Tulio Hernández (2008) que Montejó "alertaba sobre los peligros que se ocultaban detrás de la degradación de la palabra. Le angustiaba la estridencia, la incontinencia verbal, la confusión generada desde el discurso del poder".

Esas mismas ideas las expresó el poeta al saber que le había sido otorgado el premio Octavo Paz:

En épocas de crisis, como la que estamos viviendo en Venezuela en este momento, es profundamente importante ponerle la máxima atención al lenguaje. En épocas como ésta, cuando todo está tan confuso, lo primero que hay que aclarar es el lenguaje, hacerlo lo más transparente posible, para saber a qué atenernos y saber si nuestros respectivos argumentos no están empastelados por un mal uso del lenguaje. En este momento la responsabilidad social del intelectual, del escritor y del periodista, es muy grande. Cuando hayamos ordenado las palabras, ordenaremos el pensamiento y entonces pondremos orden en la casa, en el municipio y, por extensión, en todo el país. Nada conviene más a quienes generan crisis que un lenguaje confuso, en el que todo puede ser y no ser. Es por eso que la primera acción de cualquier Gobierno despótico es atacar el lenguaje. Y la primera defensa, del lado de la lucidez, debe ser la del idioma. (en Socorro, 2004)

Estas palabras seguras, determinantes, despiertan la atención de Antonio López Ortega (2008), que admiró en Montejo su clara visión de la crisis que se adelantaba entre quienes utilizan el lenguaje sin meditación, sin conocimientos, de manera que acaban con la misión de la escritura que se remonta siglos.

Perder a Montejo es perder un modelo, un ancla, un ejemplo cívico. Su ojo vigilante advirtió a muy temprana hora sobre la corrupción del lenguaje (palabras que son escupitajos, mentiras que pasan por verdades, alaridos que suplantán las conversas). Corrupción que en la concepción del poeta nos remite a un universo a la deriva, fuera de órbita, alimentado por impulsos, caprichos o dictámenes. Es la visión universal lo que está en peligro (o sencillamente extraviada), es la condición milenaria de la lengua lo que muere en manos de hablantes sin escrúpulos.

Eduardo Liendo (s/f, 2008), uno de sus más caros amigos, percibió la angustia de Montejo ante el curso que habían tomado los acontecimientos en el país, pero no solo era una preocupación política, sino también le angustiaba la consecuencia de que el lenguaje se corrompiera en su más íntimo proceso de creación. Por eso miró a Montejo como a

Un hombre inquieto y angustiado por el país, pero no solamente por la situación política, sino por el creciente deterioro de las cosas, de la moral. Eugenio siempre estuvo apegado a una ética personal, rendía culto al lenguaje. Le parecía esencial. Pensaba que el deterioro del lenguaje era un reflejo inequívoco del deterioro del país. Lamentaba, por ejemplo, esa verborrea en la que vivimos atrapados, y que nos ensordece y ha hecho que las palabras pierdan todo su sentido y su significación.¹²

En el idioma, Montejo rechazaba la confusión y el mal uso del lenguaje, lo que puede considerarse como un llamado a la corrección; pero sobre todo pedía que el lenguaje fuese claro, transparente, que las palabras estuviesen ordenadas, primer paso para ordenar el pensamiento. El deterioro al que se refiere Liendo no es el mal uso del lenguaje como lo piensan los puristas o las personas apegadas a la gramática; Montejo pensaba en el uso mentiroso de la lengua en los sentidos falsos que se le pueden atribuir a las palabras y que resultan confusos y tramposos.

En la entrega del premio Octavio Paz, Montejo expuso algunas de sus opiniones sobre la poesía actual. Para él,

...la voz del poema elude en nuestros días las formas estridentes porque encarna el lenguaje esencial de la intimidad, el lenguaje con que a solas nos hablamos a nosotros mismos y hablamos a los seres y cosas que más nos atañen; la parte del lenguaje en fin que por sí misma es refractaria a cualquier indicio de mentira. Inmodificable pese al fundamentalismo del dinero que prevalece en la actual época, parece recordarnos, con palabras de Herbert Read, que "el dinero puede comprar casi todo menos la verdad, y a casi todos menos al poeta poseído por la verdad".

Mi propósito y mi deseo en este breve recorrido ha sido que recordemos a Montejó como a un ser luminoso en el que se conjugaban su palabra exquisita con la sinceridad y la honradez de su espíritu.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arráiz Lucca, R. (2008). Los ensayos de un poeta. En *Papel Literario*. [*El Nacional*]. 14 de junio.
- Gasparini Lagrange, M. (2006). Eugenio Montejó: El tiempo es redondo y atormenta. [Entrevista]. En *Papel Literario*. [*El Nacional*]. 5 de agosto.
- Hahn, O. (2008). A orillas del gran silencio. En *Papel Literario* [*El Nacional*]. 21 de junio.
- Hernández, T. (2008). La lucidez del idioma. En *Siete Días* [*El Nacional*]. 15 de junio.
- López, O, A. (2008). Montejó. En *El Nacional*. Opinión, 14 de junio.
- Montejó, E. (2008). Los números y el ángel. En *Papel Literario* [*El Nacional*]. 14 de junio. [Reproducción del auto-retrato que se publicó en el mismo encartado el 4 de mayo de 1997]
- S/f. (2008). En *El Nacional*. 5 de agosto.
- Socorro, M. (2004). Eugenio Montejó: la primera defensa debe ser la del idioma. [Entrevista]. En *El Nacional*. Cultura y Espectáculos, B-10, 14 de junio.
- Szinetar, R. (1991). La poesía es la última religión que nos queda. Eugenio Montejó. [Entrevista]. En *Papel literario* [*El Nacional*]. 14 de junio.

